HV8657
B4

FONDO HISTORICO
RICARDO COVARRUBIAS
155837

LAS

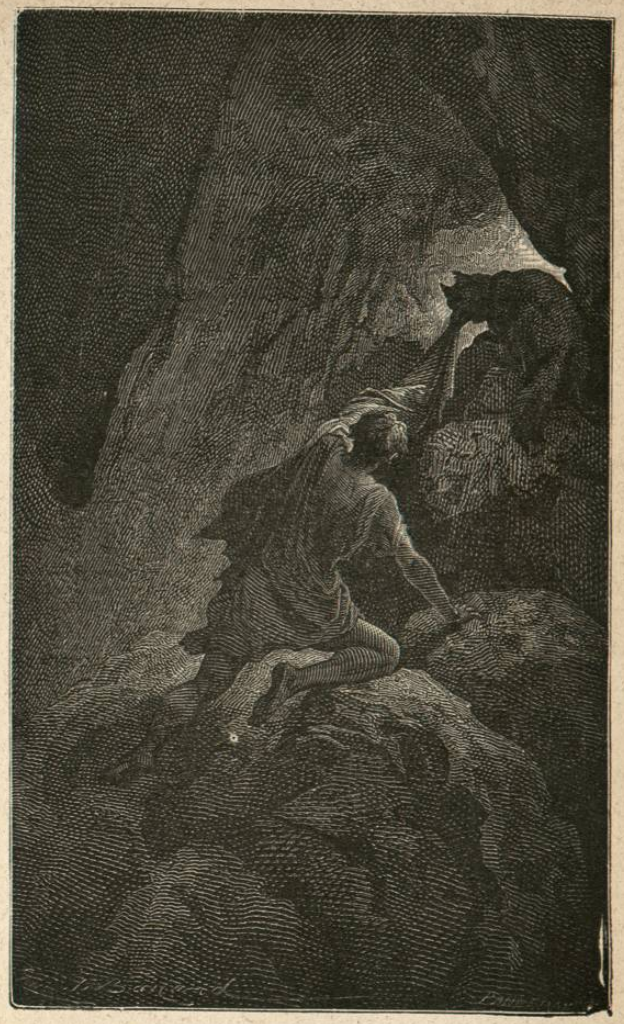
EVASIONES CÉLEBRES

ARISTOMÉNES, GENERAL DE MESENIA.

(HÁCIA EL AÑO 684 ANTES DE J.-C.)

Aristoménes, general de los Mesenios, antiguo pueblo de Grecia, en la Morea, sublevó su pais contra Esparta el año 684 antes de J. C., auxiliado por los pueblos de Argos, de Élida y de Sicionia. En una sangrienta batalla contra los Lacedemonios, muy superiores en número, y mandados por los dos reyes de Esparta, recibió defendiéndose con valor, numerosas heridas, que le dejaron por muerto en el campo de batalla. Reconocido por sus enemigos y viendo que aun daba signos de vida, fué recogido y conducido á Esparta con cincuenta de sus compañeros. Allí se resolvió precipitarlos en la Cœada, abismo insondable y sin salida donde acostumbraban arrojar á los condenados á muerte. Llevóse á efecto esta ejecucion horrible, pero en esta ocasion como en tantas otras, algun dios intervino sin duda en favor del heróico Aristoménes, pues de sus cincuenta compañeros que murieron en la caida, él solo se salvó como por milagro. Los que refieren las proezas de este célebre general, que tantos dias de luto dió á Esparta, atribuyen en efecto su

salvacion á un dios, y los mas entusiastas añaden que un águila, abatiéndose de repente al tiempo de su caida, extendió sus alas y le sostuvo hasta el fondo del precipicio. Pero este incidente, sea sobrenatural, como lo pretenden sus contemporáneos, sea debido á una casualidad feliz, no hubiera servido mas que á prolongar la agonía de Aristoménes, si esta intervencion milagrosa no se hubiera manifestado de otra manera. En efecto, el Cœada, sima cortada á pico, que penetra verticalmente en las entrañas de la tierra, no presenta salida alguna, ni es posible escalar sus paredes escarpadas. Aristoménes, detenido un momento por las ramas de algunos arbustos que crecian en los intersticios de las rocas, cayó al fin al fondo, y quedó extendido envuelto en su manto, esperando su última hora que creia próxima. Así pasó tres dias anhelando en vano la muerte. Al fin, al empezar el cuarto, creyó oir á su proximidad algun ruido, y descubriéndose el rostro, vió á la escasa claridad que penetraba en la sima, una zorra que se acercaba á los cadáveres. Naturalmente comprendió de seguida que aquel animal no podia haber penetrado en el Cœada sino por alguna salida oculta que, mas ó menos lejana, debia de existir sin duda. Fortificado en este raciocinio, esperó que la zorra llegase á su alcance, y cogiéndola con una mano, le presentó con la otra su clámide para defenderse de sus mordeduras y así la fué siguiendo por entre las rocas y senderos tortuosos del precipicio. Al cabo de una larga y fatigosa carrera, descubrió en fin una estrecha abertura por donde penetraba la luz, y entonces soltó el animal que se lanzó por ella y desapareció. Aristoménes ensanchó con sus manos la salida de la caverna, logró salir de ella, y se reunió á sus conciudadanos.— Esta evasion de la Cœada fué considerada como una prueba manifiesta de la proteccion de los dioses. (Pausanias, *Descripcion de la Grecia*, libro IV, cap. XVIII.)



Descubrió en fin una estrecha abertura

DEMETRIO SOTER.

(162 AÑOS ANTES DE J.-C.)

Demetrio habia sido enviado á Roma en rehenes por su padre Seleuco Filopator. Poco tiempo despues, habiendo Antíoco asesinado á Seleuco y usurpado el trono de Siria, Demetrio pidió al senado su libertad y los medios de reconquistar la corona. Pero, añade Polibio, los senadores aunque movidos por los ruegos de Demetrio, y en parte inclinados en su favor, juzgaron mas útil á los intereses de la república el retener en Roma á este príncipe, y reconocer al hijo de Antíoco como heredero del trono de Siria.

Demetrio renovó diferentes veces y siempre inútilmente sus pretensiones, y queriendo al fin tentar un esfuerzo decisivo, valiéndose de los que mas parecian interesarse por él en el Senado, consultó á Polibio, que le respondió desaprobando su proyecto : — « Debe evitarse el tropezar segunda vez en la misma piedra. No espereis mas que de vos mismo, y por vuestro valor y osadía mostraos digno del trono. »

El jóven príncipe esperaba sin duda un consejo de acuerdo con sus intenciones, y de consiguiente no siguió el de Polibio. Instó de nuevo al senado, y viendo su demanda otra vez rechazada, reconoció que Polibio tenia razon y se ocupó en prepararlo todo para su fuga. Diódoro, que lo habia educado, llegaba justamente de Siria,

y le aseguró que si se presentaba á su pueblo en aquel momento, aunque no fuese con otro séquito que un solo servidor, estaba seguro de que seria al punto proclamado rey.

Polibio, Diódoro y algunos otros amigos del jóven príncipe, se consagraron con entera abnegacion á ayudarle en su proyecto. Un navío cartaginés que se hallaba en la embocadura del Tíber, fué fletado por cuenta de Demetrio, y esto casi ostensiblemente, pues no parece que la vigilancia de la autoridad fuese en esta ocasion muy rigurosa. El flete fué contratado sin misterio, y ninguno se ocultaba para hablar con la tripulacion y fijar el dia de la partida. Llegado este, Demetrio reunió sus amigos en una taberna, con el pretexto de preparar una partida de caza : entre ellos, solamente algunos estaban en el secreto, y debian, á un momento dado, embarcarse con sus esclavos. Polibio que guardaba este dia la cama por hallarse algo enfermo, temiendo que el jóven príncipe se entregase á los excesos del banquete y que los vapores del vino, al que era aficionado, le hiciesen olvidar la hora de la partida, le envió á la caida de la tarde un esclavo con un billete en que le recordaba sus deberes. Despues de leer esta carta, Demetrio pretextó la indisposicion con que se terminaban en esta época los festines de Roma ; y retirándose con sus afiliados, volvió á su casa, enviando de seguida sus servidores á Anagnia con la órden de hallarse al dia siguiente con redes y perros de caza, en el monte Circeo, donde tenia costumbre de cazar el jabalí, lo que habia dado ocasion á sus relaciones con Polibio. Los amigos de Demetrio, dieron por su parte las mismas órdenes á sus esclavos, enviándolos á la misma cita, y despues vinieron á reunirse con él en traje de caza, y todos se encaminaron hácia Ostia. Habian anunciado al patron del barco que Demetrio se quedaba en Roma, pero que en-

viaba algunos jóvenes á su hermano encargados de comunicarle sus instrucciones ; y como este cambio era indiferente al patron que cobraba igualmente el flete convenido, no hubo la menor dificultad , y Demetrio pudo así embarcarse aquella misma noche con sus compañeros sin ser conocido. Al amanecer el patron levantó anclas y el buque tomó el largo. (Polibio, libro XXXI, frag. XII y siguientes.)

MARIO.

(AÑO 85 ANTES DE J.-C.)

Amenazado por Sila, que marchaba sobre Roma con poderoso ejército, Mario procuró en vano sublevar al pueblo en su favor, y sabiendo que no podia esperar gracia de un rival á quien habia combatido sin piedad y privado de sus mejores amigos, se vió obligado á ceder y á emprender la fuga. Apenas habia salido de la ciudad, cuando, dispersándose los que le acompañaban, se encontró solo en medio de la oscuridad de la noche, y se vió precisado á detener su marcha, refugiándose en Solonium, una de sus tierras en la campiña de Roma. De allí envió á su hijo á buscar las provisiones necesarias á una casa de campo que poseia su suegro Mucio en las cercanías. Él entretanto descendió hácia Ostia donde Numerius, uno de sus amigos, le tenia preparada una embarcacion, y sin esperar á su hijo, se embarcó inmediatamente con su yerno Granius. A este tiempo, el jóven Mario habia ya preparado sus provisiones, pero el dia le sorprendió antes de su vuelta, y los soldados de Sila que recorrian la campiña, llegaron á las tierras de Mucio. El arrendador que los vió de lejos, ocultó al hijo de Mario en una carreta cargada de paja, y unciendo á toda prisa los bueyes, salió al encuentro de los soldados, dirigiéndose tranquilamente hácia la ciudad. El fugitivo

pudo llegar así á la casa de su mujer, donde esperó la noche, y despues se embarcó y pasó á Africa.

Por su parte, el anciano Mario, habia salido felizmente de Ostia y seguia con un buen viento á lo largo de la costa de Italia. Pero aun no estaba tranquilo, pues se hallaban cerca de Terracina donde residia Geminius, uno de sus mas encarnizados enemigos. Así recomendó con instancia á los marineros de alejarse de las aguas de Terracina. Obedeciéronle poniendo inmediatamente la proa hácia alta mar; pero en este momento saltó un viento fresco del largo, y declarándose una furiosa tempestad, pareció imposible tener la mar por mas tiempo: — por otra parte Mario sufria mucho del mareo, y fué indispensable ganar la costa por la parte de Circei, donde abordaron con gran trabajo.

....Se hallaban á veinte estadios á lo mas (una legua) de Minturno, cuando vieron una tropa á caballo que avanzaba hácia ellos por la playa. Dos barcos flotaban casualmente á poca distancia: — todos corrieron á ellos, se arrojaron al mar y los alcanzaron á nado. Granius entró en uno de los barcos, y pasó á una isla que se halla al frente de este punto de la costa, y que nombran Enaria; pero Mario tenia entonces setenta años, y hubiera indudablemente perecido sin la ayuda de dos esclavos que le sostuvieron con gran trabajo sobre el agua y le colocaron en la segunda barca, al tiempo que sus perseguidores llegaban á la orilla y gritaban á los marineros de atracar la embarcacion, ó bien de arrojar á Mario al mar y de continuar su camino. Mario oponia á esta órden sus súplicas y sus lágrimas, y los marineros, despues de haber vacilado largo tiempo, respondieron al fin que no abandonarian á Mario. Los legionarios que perseguian al cónsul vencido, se alejaron entonces llenos de cólera, y apenas habian desaparecido, cuando los marineros, cambiando de nuevo de resolucion, boga-

ron hácia la costa, y anclaron en el embocadero del Liris (hoy Garigliano), cuyas aguas forman en este sitio un extenso pantano. Allí decidieron desembarcar, para tomar algun alimento, é invitaron á Mario á que les imitase á fin de reponerse del mareo, en tanto que aguardaban se levantase el viento de tierra para tomar mas fácilmente el largo. Mario los creyó de buena fé y siguió su consejo. Dirigióse á un bosquecillo que se hallaba á poca distancia, y recostándose sobre la yerba se entregó al descanso, sin sospechar la suerte que le estaba reservada; puesto que aquellos hombres apenas se vieron fuera del alcance de su vista, volvieron á embarcarse, y se alejaron de la orilla, juzgando que si no era honroso entregar al cónsul á sus enemigos, no convenia tampoco á su propia seguridad el salvarlo.

Así, solo y abandonado de todos, quedó largo tiempo tendido sobre la playa sin proferir una palabra: despues se levantó con esfuerzo y se dirigió penosamente á través de un terreno donde no se veia senda alguna. Despues de haber atravesado breñales espesos y pantanos profundos, la casualidad le condujo á la cabaña de un viejo campesino que vivia allí de su trabajo. Mario se arrojó á sus piés y le suplicó le salvase, ocultándole de sus enemigos, asegurando que si por su proteccion escapaba al peligro presente, la recompensa excederia un dia á todas sus esperanzas. El anciano, sea que hubiese conocido en otro tiempo al cónsul, sea que notara algo en su aspecto que le revelase su alta gerarquía, le respondió que si solo necesitaba reposo, la cabaña bastaria á su seguridad; pero que si era perseguido, él le conduciria á un paraje donde estaria mas oculto. Mario le suplicó lo pusiese inmediatamente por obra, y él le condujo á los pantanos, haciéndole entrar en una hoya á orillas del rio, que cubrió luego con espadañas y otras plantas acuáticas.

No hacia mucho tiempo que estaba allí oculto, cuando oyó rumor y voces que venian del lado de la cabaña. Geminius, de Terracina, habia enviado gran número de gentes en su busca, y habiendo pasado algunos de ellos por este paraje, trataban de intimidar al pobre viejo pretendiendo que él debia haber visto y acaso ocultaba al enemigo de Roma. Mario, cediendo á un terror pánico, salió inconsideradamente de su escondrijo, y desnudándose, se arrojó al agua fangosa del pantano, lo que hizo fuese descubierto por los que le buscaban. Sacáronle de allí todo cubierto de cieno, y le condujeron á Minturno, donde le entregaron á los magistrados. Ya era conocido en todas las ciudades de la república el decreto que proscribia á Mario y ordenaba su captura y su muerte. Sin embargo, los magistrados creyeron deber revestir de algunas formas esta injusta sentencia, y mientras deliberaban, hicieron encerrar á Mario en la casa y bajo la guarda de una mujer llamada Fannia que por una causa, ya antigua, era reputada como enemiga irreconciliable del cónsul. Fannia á pesar de ello, no se condujo en esta ocasion como mujer ofendida. La vista de Mario no pareció despertar en ella antiguos rencores, y recibiéndole al contrario con muestras de compasion, le ofreció cuanto tenia, exhortándole á mostrar valor y resignacion en estas circunstancias. Él la respondió que estaba lleno de confianza, pues acababa de ver un presagio favorable: despues manifestó el deseo de reposar algunas horas, y pidió que le encerrasen en su cuarto.

En este tiempo los magistrados y decuriones de Minturno habian deliberado y resuelto la ejecucion inmediata de Mario. Publicóse la sentencia de muerte, pero no se encontró un ciudadano que quisiese encargarse de la ejecucion. Entonces un soldado, galo de nacion, segun algunos, y cimbrio, segun otros, tomó una espada y entró en la casa donde se hallaba Mario. El aposento

que le servia de prision recibia escasa luz del exterior y estaba casi oscuro. Cuéntase que el cimbrio creyó ver relucir los ojos de Mario en la oscuridad, y que una voz terrible exclamó :

— ¡Atrás, desgraciado! ¿Osarás tú atentar á los dias de Cayo Mario?

El bárbaro espantado huyó fuera de sí, y al salir de la casa arrojó la espada gritando :

— ¡No!... ¡yo no mataré á Cayo Mario!

Todos quedaron sobrecogidos de espanto y movidos de un sentimiento de piedad que dió lugar al arrepentimiento. Se reprochaban de haber tomado una resolucion tan cruel y de haber sido ingratos con un hombre que habia salvado la Italia, cuando hasta debian considerar como un crímen el no prestarle socorro. Entonces se dijeron :

— Que vaya lejos de aquí á sufrir su destino : nosotros rogaremos á los dioses nos perdonen el haberlo arrojado de nuestra ciudad sin prestarle auxilio.

Dichas estas palabras entraron tumultuosamente en la casa, sacaron de ella al proscrito, y escoltado por toda la ciudad le condujeron hácia el mar. Cada uno daba á Mario en el camino todo aquello que creia poder serle útil, y así atravesaron el bosque sagrado de Marica que los separaba de la costa. Un ciudadano llamado Beleus, facilitó al cónsul una embarcacion que fué provista de todo lo necesario, y así pudo Mario pasar al Africa, donde se reunió con su hijo no lejos de las ruinas de la antigua Cartago.

Cuando algun tiempo despues J. Cayo Mario volvió triunfador á Roma, llamado por Cornelio Cinna, hizo representar en un cuadro todos estos hechos, y lo colocó como ofrenda en el templo del bosque de Marica, cercano al punto donde se habia embarcado. (Plutarco, *Vida de Mario.*)

Le condujeron hácia el mar.

ATTALUS.

(SIGLO VI.)

Teodorico y Childeberto formaron por este tiempo estrecha alianza (524), prometiendo bajo juramento no tomar las armas el uno contra el otro; y para asegurar este tratado verbal, se dieron mútuos gajes de seguridad y fianza, y en rehenes varios jóvenes de la nobleza. Entre ellos se contaban muchos hijos de senadores. Pero no tardó en declararse la desunion entre los dos reyes, y entonces los rehenes fueron reducidos á servidumbre y vendidos como esclavos. Muchos, es verdad, se escaparon y volvieron á su pais; pero aun quedó en esclavitud gran número, contándose en ellos Attalus, sobrino del bienaventurado Gregorio, obispo de Langres. Vendido como esclavo del Estado, fué adjudicado á un bárbaro de Tréveris que lo destinó á guardar sus caballos. Gran pena y sincera afliccion ocasionó al bienaventurado Gregorio la suerte de su sobrino, y no siendo parte á recaudar su libertad las súplicas ni negociaciones con el rey, decidió enviar sus servidores á tierra de Tréveris, en busca del jóven y gestion de su rescate. Pero el bárbaro desechó los presentes de los enviados, diciendo que: « Un esclavo venido de tan alto orígen, debia pagar diez libras de oro por su rescate. »

A la vuelta de los enviados, un siervo llamado Leon,

que servia en las cocinas del obispo, vino á este y le dijo :

— Pluguiese á Dios que tú me permitieses ir en busca de Attalus : acaso tu siervo sabria de un modo ú de otro sacarle de la cautividad.

Contentóse el obispo de estas palabras, y Leon fué enviado á tierra de Tréveris.

Llegado que fué, comenzó por avistarse en secreto con el jóven y concertar su fuga ; mas no pudo recabar ocasion propicia, tan vigilado se hallaba y por demas observadas todas sus acciones. Entonces Leon, despues de haber ligado conocimiento con un hombre del pais, tomóle un dia aparte y le dijo : — « Tú vas á venderme como siervo en la casa de ese bárbaro, y el precio que por mí te dieren será todo en tu beneficio. Yo no quiero otra cosa que alcanzar así el medio de ejecutar lo que tengo resuelto. »

El trato fué concluido bajo juramento, y el hombre aquel, por deseo de lucro y codicia, fué y le vendió en doce escudos de oro, y se retiró con su ganancia. Luego el comprador, como era natural hacerlo, procuró inquirir lo que su nuevo servidor sabia hacer, y al paso le adoctrinó en las costumbres de su casa ; y este, despues de haberle escuchado, le respondió :

— Yo tengo grande habilidad en preparar los manjares que se sirven en la mesa de los grandes señores. Tú no podrás hallar mi semejante, ni temo que muchos me igualen en esta ciencia. En verdad te digo, que aun podrias sentar á tu mesa al mismo rey, pues yo sé aderezar un festin como ninguno.

El amo dijo entonces :

— El dia del sol está próximo (así llama la barbarie el domingo) : ese dia yo invitaré á mi casa mis vecinos y parientes, y quiero que les prepares un banquete que excite su admiracion.

Cuando llegó el dia del domingo, el esclavo sirvió un festin tal y tan regalado, que causó pasmo y gran contentamiento entre aquella gente... El amo acordó su favor á este esclavo, y así sucedió que fué tomando autoridad en la casa y en todo aquello de que el bárbaro disponia...

Despues de muchos meses de esta vida, como Leon habia ya adquirido plena y entera confianza de su dueño, un dia se fué á un prado vecino de la casa donde Attalus guardaba los caballos ; y ya allí, acostándose no lejos de Attalus, que reposaba echado en tierra, y puestos de espaldas para que no notasen que hablaban, le dijo al jóven :

— La hora es llegada de que pensemos en nuestro pais. Te advierto que esta noche, cuando entres los caballos y te hayas recogido, no te dejes ir al sueño ; antes bien está preparado, que yo iré á buscarte y partiremos.

El bárbaro habia convidado aquel dia á muchos de sus parientes, y entre ellos á su yerno. El banquete se prolongó hasta cerca de media noche, hora en que los convidados se levantaron de la mesa para entregarse al reposo. Leon siguió al yerno de su amo con un brevaje que le dió á beber en su cámara ; y este le dijo al tomarlo :

— Díme, tú que eres aquí el hombre de confianza y supuesto que puedes obrar con mas libertad, ¿cómo es que no coges los caballos de tu amo y te escapas á tu pais ?

Lo que él decia en guisa de burla y por chancearse con el esclavo, Leon en el mismo tono le contestó riendo :

— Eso es lo que cuento hacer esta misma noche, si Dios es en mi ayuda.

— Plegue á su voluntad, replicó el otro, que mis servidores hagan buena guarda para que no te lleves de paso algunos de mis efectos.

Y así se separaron riendo de la chanza.

Una hora despues, y cuando todos dormian, Leon llamó á Attalus, y ensillados los caballos, le preguntó si tenia algun arma. El jóven le contestó que no. Entonces Leon entró en la cámara de su amo, y le tomó la adarga y venablo que á un lado pendian; y como este despertándose preguntase quién andaba allí y qué le querian:

— Soy yo, Leon, tu siervo, le respondió el esclavo; la noche avanza y voy á despertar á Attalus para que lleve al abrevadero los caballos. Duerme como un borracho y va á pasar la hora.

— Obra á tu guisa, respondió el amo, y volviéndose en el lecho, se quedó de nuevo dormido.

Leon salió llevando las armas que entregó al jóven, y cogiendo él las que tenia preparadas y las hardas de entrambos, montaron á caballo, y con el resto de ellos salieron pronto al campo.

Llegados al Mosela, se vieron detenidos por el paso de algunas gentes del pais, y obligados á abandonar caballos y efectos y ponerse en salvo. Se arrojaron al rio que pasaron á nado sobre sus adargas, y gracias á la oscuridad de la noche, pudieron alcanzar un bosque vecino y ocultarse en él. Así marcharon tres dias sin tomar apenas descanso, y sin encontrar nada para su sustento; hasta que, por la voluntad de Dios, hallaron algunos árboles frutales con que restauraron algun tanto las fuerzas. Al fin, en la noche del tercer dia entraron en un camino abierto, y reconocieron que estaban en el de Champaña. Avanzaron por él entonces mas resueltamente, y habrian andado una legua, cuando oyeron á sus espaldas gran ruido y galope de caballos, y solo tuvieron tiempo de saltar á un lado del camino y de echarse á tierra detrás de unos grandes espinos que allí crecian. Poco tardaron en llegar los caballeros, que se detuvieron un momento indecisos, por cruzarse en aquel sitio varias sendas, y uno de ellos exclamó:

— ¡Lástima grande que me escapen esos miserables! Tomemos por aquí, añadió señalando la senda principal, y juro por mi salud que si logro alcanzarlos, haré ahorcar al uno y picar al otro en menudos pedazos.

Era el bárbaro de cuyo poder escapaban quien decia esto; dos dias cruzaba ya el pais en su busca, y los hubiera encontrado, á no impedirlo la oscuridad de la noche. Con esto, volvieron á emprender su marcha y se alejaron. Leon y Attalus llegaron aquella misma noche á Reims, y habiendo penetrado en la ciudad, encontraron á un hombre á quien preguntaron por la morada del sacerdote Paulellus. Este hombre les dió las señas y acompañó algun trecho, hasta atravesar la plaza, al tiempo que la campana sonaba maitines, pues el dia que comenzaba era domingo. Llegados á casa de Paulellus, llamaron, y un siervo los introdujo en la cámara del sacerdote.

— Mi vision se realiza, exclamó este al reconocer á Attalus; esta noche he visto dos palomas que venian volando á posarse entre mis manos, y la una era blanca y la otra negra.

(Esto ha hecho pensar que Leon era negro.)

— Dios nos perdone, dijo á la sazon el esclavo, si no observamos hoy este santo dia (el domingo nadie comia hasta despues de la misa); os suplicamos nos deis algun alimento, pues este es el dia en que el sol se levanta por cuarta vez sin que hayamos comido pan ni vianda.

El sacerdote ocultó á los dos jóvenes, les dió pan empapado en vino, y se fué á maitines.

El bárbaro á su vez llegó tambien á Reims, buscando por todas partes á sus esclavos; pero se volvió engañado por Paulellus, que estaba obligado por grande y antigua amistad al bienaventurado Gregorio.

Attalus y Leon, despues de haber reparado sus fuerzas y descansado dos dias en casa del sacerdote, partieron de Reims mas seguros, y llegaron al fin á reunirse con san Gregorio. El obispo, encantado de verlos, lloró de alegría en los brazos de su sobrino; y en cuanto á Leon, despues de colmarlo de presentes, le libró de la servidumbre con toda su familia y le dió una tierra en toda propiedad, en la cual ha vivido libre el resto de sus dias con su mujer é hijos. (San Gregorio de Tours, *Historia eclesiástica de los francos*, lib. III, cap. xv, traduccion de M. Enrique Bordier.)

Attalus fué despues primer conde de Autun.

RICARDO, DUQUE DE NORMANDIA

(SIGLO X.)

Guillermo, *Larga espada*, duque de Normandía, acababa de ser asesinado en las cercanías de Pecquigni sobre el Soma, y su hijo Ricardo, niño aun, estaba llamado á sucederle; cuando Luis de Ultramar, que codiciaba la herencia del jóven príncipe, logró apoderarse de su persona, y bajo el pretesto de darle una educacion digna de su rango, lo hizo trasportar á Laon. Allí lo sometió á la mas estrecha vigilancia, y se mostró tan duro y cruel en su trato, que ya nadie dudó de sus intenciones, y mas cuando se le vió manifestar la intencion de hacerle quemar las corvas, suplicio atroz que la política de la edad media infligia algunas veces á los príncipes que querian privar del trono.

Osmundo, ayo de Ricardo, habiendo conocido la cruel determinacion del rey, y previendo la suerte que estaba reservada al jóven príncipe, se llenó de consternacion y envió inmediatamente diputados á los normandos noticiándoles la dura cautividad de su señor y el grave peligro que le amenazaba. Apenas estas noticias fueron conocidas, cuando se ordenó en todo el pais de Normandía un ayuno de tres dias, y la Iglesia dirigió continuas rogativas en favor de Ricardo. En tanto Osmundo, habiéndose aconsejado con Ivon, padre de Guillermo de Belesme, indujo al príncipe á fingir una enferme-

dad, á no salir del lecho, y á mostrarse tan postrado y débil, que llegasen, si era posible, á desesperar de su vida. El niño siguió sus instrucciones con inteligencia, y permaneció en cama muchos dias, fingiéndose cada vez mas acabado y como si se hallase en la última extremidad. Sus guardias, viéndole en tal estado, fueron descuidando poco á poco su vigilancia, hasta el punto de dejarlo solo á veces con su ayo; y este, viendo al fin la ocasion propicia, y hallándose por casualidad en un patio de la casa un monton de yerba, hizo de él un atado en el que ocultó al niño, y echándoselo al hombro, salió como para llevar forraje á su caballo. A esta hora el rey se hallaba á la mesa, y los ciudadanos habian abandonado la plaza pública; así pudo Osmundo franquear las murallas y salir de la ciudad.

Apenas fuera de los muros, corrió á una casa donde le tenian preparado un caballo, y lanzándose sobre él con el príncipe en brazos, huyó á todo escape hácia Coucí, donde llegó en breve. Allí confió el jóven Ricardo al castellano, y continuó solo caminando toda la noche hasta la ciudad de Senlis, donde entró al apuntar el dia. El conde Bernard se admiró de verlo llegar con tan gran prisa, y le preguntó con interés por su sobrino Ricardo y el estado de sus negocios; y habiéndole contado Osmundo en detalle cuanto habia hecho, el conde se regocijó mucho, y montando ambos á caballo, fueron á verse con Hugo el Grande. Hiciéronle el relato de este hecho, y le pidieron consejo. Hugo les prometió con juramento su ayuda, é inmediatamente reunieron un numeroso ejército con el que marcharon sobre Coucí, de donde sacaron al niño Ricardo y le condujeron en triunfo á la ciudad de Senlis. (Guillermo de Jumieges, *Historia de los normandos*, lib. IV, cap. IV.)

Pudo franquear las murallas y salir de la ciudad.